

La piedra que desecharon los constructores

(Notas sobre el origen de la racionalidad metódica)

Enrique L. Hernández

“La exterioridad no es una negación,
sino una maravilla”

E. Levinas

I- Modernidad y método

La piedra que desecharon los constructores se vuelve piedra angular: maravilla para el profeta, inquietud para el filósofo, escándalo para el doctor en universalidades: este es el movimiento que está en la base de nuestro pensar indoamericano, la irrupción de lo negado por la racionalidad ajena.

Como precaución contra esta maravilla, los constructores de la Modernidad europea recurrieron al Método. Así el método moderno-dominador –en su pretendida universalidad– tuvo desde el comienzo algo de instrumental y tecnológico, un aire modesto de neutralidad moral, sello burgués inconfundible que todavía conserva. Sabemos que por su parentesco con la manufactura en ascenso, el pensar metódico sirvió para legitimar –a favor de los burgueses– la nueva división social del trabajo que más tarde se lanzará a administrar al planeta. *Pero lo “tecnológico” del método moderno consiste en ser expresión racional de una voluntad de dominio colocada a priori más acá de la Justicia.*

Hoy vemos que los epistemólogos del Centro se abren cada vez más a la poesía y al hermetismo, pero el núcleo duro del método dominador se mantiene –siempre bajo la piel de cordero de la neutralidad axiológica– en la dominación tecnológica y en esa administración del Apocalipsis que se llama “equilibrio internacional”. Es que el método de la Modernidad, como la espada de Alejandro, está preparado para cortar el nudo gordiano de lo real *no en cuanto escapa al*

conocimiento, sino en cuanto resiste a la voluntad de dominio; espada de dos filos, mellada hoy por el lado del humanismo y la vocación de verdad, pero siempre cortante por el lado de la administración y el control de las prácticas humanas.

Pero las particularidades culturales –que el europeo se obstina en llamar diferencias– son núcleos resistentes y nuestro pensamiento siente que debe defender de la espada metódica del Imperio el nudo de nuestros intereses históricos, la cifra de una humanidad indoamericana que no se presenta como destino manifiesto, sino simplemente como necesidad de liberación. Ahora bien, *nuestra verdad tiende a presentarse ante todo como Justicia y en esto repugna al pensar metódico*; por eso conviene a nuestra situación reflexionar sobre el origen de este pensamiento para establecer la relación que guarda con aquello que constituye como su exterioridad.

La configuración cartesiana de la Razón metódica es un punto de partida para nosotros, y lo es *en cuanto establece de un modo moderno la primacía de la racionalidad filosófica sobre los otros modos de concebir lo real*. En este sentido también vale la expresión de Hegel acerca de que con Descartes “estamos en casa”, porque la Filosofía entra en este momento en el camino que lleva a una Ciencia capaz de autoproclamarse como sabiduría sin más confirmación social que la aprobación del Emperador.

II - Delimitaciones

La constitución de la racionalidad moderna supone una victoria incuestionable del racionalismo en la definición de las jerarquías del conocimiento, de tal modo que lo superior y lo inferior determinan lo interno y lo externo y se corresponden mutuamente. En realidad, la racionalidad europea moderna constituye su mundo de sentido como cualquier otra unidad cultural, esto es, en virtud de límites de tipo dentro-fuera (lógico-absurdo, etc.), pero su peculiar tensión “colonizadora” se muestra en que *la diferenciación dentro-fuera tiende a expresarse como superior-inferior en el modo de la administración de lo exterior/inferior por lo interior/superior*.

Es decir que aquello que la racionalidad metódica ubicará “fuera” de sí, en rigor se le presentará en el modo del estar-debajo como lo elemental, inferior a la organización de la totalidad de sentido que produce el pensar metódico.

III- La fortaleza triangular

La primera estructuración del dentro-fuera (sobre-bajo) surge de la idea misma del Sujeto moderno y se refiere al “pensamiento” y la “extensión”. Un modo –muy breve– de presentarla en función de lo que nos interesa puede apoyarse en el cuadro siguiente:

# Expresión filosófica:	<i>Res Cogitans</i>	<i>Res Extensa</i>
#Forma correspondiente del trabajo social:	Intelectual	Manual
#Función dominante en la construcción del sentido:	Concepción del “todo” (análisis/síntesis)	Operación de partes (sensibilidad)
#Sujeto social arquetípico:	Urbano (Burgués)	Agrario (Campesino/proletario)
#Dimensión cultural:	Metrópolis	Colonias

Esta estructuración moderna del conocimiento, por demás evidente, se extiende desde el cartesianismo hasta los positivistas del siglo pasado. Aquí se ordenan, en virtud de la idea de Sujeto, las categorías de lo interno/externo y lo inferior/superior en cuanto a racionalidad y sentido. Otras delimitaciones del pensar metódico se organizan por analogía con esta relación fundamental, estableciendo el corte entre las formas “racionales” del conocimiento y el pensamiento “vulgar”, cotidiano o popular.

a) La sensibilidad

Establecida su autopoición (dentro/sobre) como *res cogitans*, el pensar del sujeto moderno puede emprender la delimitación de su racionalidad, levantando los tres muros que albergarán una Ciencia construida al margen de la Justicia.

Desde los comienzos de la Modernidad –el primer gran ejemplo es la noción de perspectiva en la pintura– se puede ver el movimiento de residualización de la experiencia sensible que aleja a la Filosofía del sentido común (cotidiano/popular) y elimina a la sensibilidad como acceso a la experiencia del otro. En el cartesianismo, por ejemplo, los *Principia* y el *Discurso* se dan a la tarea de jerarquizar la sensibilidad en función de recuperarla –dominándola– para la obra de la Razón metódica individual, pero el impulso alcanza también al empirismo: la proposición de Bacon (torturar la Naturaleza, cazar a Pan en el “experimento crucial”) confirman el designio de someter la sensibilidad al control analítico.

Lo sensible, recuperado como dato de la Razón, es puesto fuera (debajo) del sentido en su carácter “demoníaco” de revelación del otro como semejante. Basta ver el esfuerzo de un Feuerbach por revertir este movimiento para comprender el poder estructurador que tuvo para el pensamiento europeo, pero también para constatar que la rebelión de lo sensible –en Europa como en Indoamérica– coincide con la emergencia de la “parte de la Humanidad que no reflexiona” en una lucha por deconstituir la legitimación burguesa del conocimiento.

b) La Pasión

Si los *Principia* y el *Discurso* amurallan el pensar metódico moderno contra lo sensible-humano, el *Tratado* hace lo propio con la Pasión. Una vez más aparece el gesto “técnico” de desbrozar el camino operando la reducción del pensamiento capaz, de revelar al otro: los argumentos cambian pero el resultado permanece, porque se trata de ubicar la Pasión fuera (en rigor, debajo) del Imperio de la Razón, como un suburbio peligroso del pensar metódico. Suburbio-lindero de la sensibilidad, el Misterio y el infinito, lugar del Dolor que vive resistiendo al control

racional; el manejo de la Pasión es la prueba permanente del poder dominador de la Razón como alternativa independiente del Amor.

También en esto está presente la inversión del pensar metódico respecto del popular, siendo que el rechazo de la Pasión se construye en el seno mismo de la Cristiandad, esa Cristiandad que concibe popularmente a la Pasión como irrupción y advenimiento de la Verdad en el modo de la Justicia, aun en contra del supuesto “orden de la Naturaleza”.

Para el pensar metódico, someter la Pasión a los “intereses racionales” es un juego total, que va del gabinete del filósofo al palacio del monarca pasando por la instancia decisiva de los almacenes del mercader. El filósofo-mercader administra la Pasión como el abogado-mercader administra la Justicia y el monarca-mercader administra el dominio de la barbarie colonial: el Método es la regla de oro del Mundo como Administración. Para hacer posible el juego, el filósofo ha debido suprimir la Pasión como presencia del otro en la injusticia. En adelante, el otro será reconocido en la “Administración de Justicia” (esto es, en la Justicia de la Administración) mediante la contratación del Abogado capaz de iluminar el derecho de su noble igualdad con la luz de los intereses racionales.

Pero debajo de este mundo administrado por la Razón subsiste el submundo de la Pasión como lugar donde la Justicia simplemente se “hace” con las manos (propias o las del grupo) y donde la injusticia se revela a la sensibilidad elemental: subsiste el ámbito de la experiencia popular del mundo, donde la Pasión testimonia la injusticia de la Totalidad.

Por eso el control de la Pasión es también una cuestión de geopolítica, simplemente porque en el mundo administrado por los “intereses racionales”, analíticamente dividido en partes dominables, de la división internacional del trabajo, el lugar de la Pasión incluye necesariamente la existencia de pueblos enteros. Así, en el momento de la revolución colonial americana, un teórico como Alberdi pudo escribir que los pueblos tenían que optar entre “obrar dentro de los intereses racionales” o “tener como destino la pasión”: hoy sabemos lo que quería decir.

c) El Misterio

La tercera muralla del pensar metódico se levanta contra el Misterio. Tal vez una lectura americana de la filosofía tradicional encuentre en las *Meditaciones* cartesianas el plano de esta sección de muralla racional, porque en ese texto la dimensión misteriosa de lo real –la irrupción posible de lo infinito– es laboriosamente colocada fuera de la razón metódica. En este movimiento de incluir residualmente lo misterioso remata y se consolida la triple exclusión de la racionalidad metódica moderna: el Pensamiento de la Cantidad, habiendo logrado el control de la Sensibilidad y la Pasión (como accesos de lo otro-indominable) mediante su teoría del conocimiento, debe garantizar el dominio racional de la Totalidad operando la reducción metafísica del Misterio.

También aquí el pensar metódico se enfrenta a la experiencia popular del Mundo y no sólo en el interior de la cultura europea sino también como despliegue geopolítico de la hegemonía cultural. Así, la superstición, la irracionalidad, el tráfico con el Misterio, que fueron rasgos de la experiencia popular europea, se convierten en el modo esencial de ser de las culturas colonizadas. Sólo que el pensar metódico moderno cuenta luego con la Ciencia para reducir el Misterio a la condición de frontera móvil: esa ciencia que siempre progresa durante las guerras, acusada por Pantagruel de “ruina del alma”, señalada por el Galileo de Brecht como “tarea de enanos”, ciencia culpable del Apocalipsis nuclear pero capaz de engendrar –aun en su arrepentimiento– una tecnología autoproclamada neutral en esta lucha planetaria por el dominio.

IV- Conclusiones

Hemos sostenido que el carácter dominador de la racionalidad metódica moderna se expresa en el modo de concebir la relación de la Filosofía con las otras formas del pensamiento humano, en especial aquellas consideradas cotidianas o populares. Afirmamos que la triple exclusión– o inclusión residual y administrada– de la sensibilidad, la pasión y el misterio son los resguardos de esta racionalidad metódica.

Ahora bien, para captar desde nosotros, indoamericanos, el carácter imperial de esta razón metódica y la exterioridad en que nos sitúa no es imprescindible tener en cuenta el sistema de exclusiones intelectuales en que se apoya. Pero si hemos de convenir el sentimiento de exterioridad en un movimiento creador de pensamiento, se hace necesario desmontar este mecanismo interno de la razón moderna para restablecer en nuestro pensar americano la continuidad rota por la metodicidad imperial, entre lo que se asume como Razón y las formas de pensamiento que esta Razón ubica como suburbios del sentido.

Porque como sabemos, el carácter imperial de la razón metódica no finca sólo en su sello europeo sino ante todo en su condición burguesa. Siendo que el sistema de exclusiones que le es propio legitima el estilo burgués de jerarquización del pensamiento, separando *de un modo especial* la racionalidad filosófico-metódica del pensar popular, es útil pensar cómo la Razón europea se enfrenta ante todo a su propia barbarie cultural para conocer el fundamento de su imperio administrativo. Es el saber “vulgar” del propio europeo donde la sensibilidad, la pasión y el misterio son vinculados con el sentido a-crítico, la irracionalidad y la superstición, prolongando intelectualmente la divisoria entre la plebe y la burguesía en ascenso. Este primer movimiento interior tendrá después un despliegue geopolítico-planetario, pero ha sido preciso subordinar antes las formas del pensamiento a la Razón metódica de la cantidad, creando en base a esta “ruptura epistemológica” una concepción de la virtud filosófica que es precisamente la que nos toca superar.

Tal vez, la consecuencia más importante de lo que hemos sostenido sea la relativización de la categoría de exterioridad –tal como aparece en la filosofía de la Liberación– en el sentido de asumir que antes de desplegarse planetariamente como colonización cultural, la exterioridad se constituye en el Centro mismo como subordinación específica del modo popular de expresión simbólica. En consecuencia, restablecer el vínculo entre el pensar popular y la sabiduría, ubicar a la Filosofía en la posición del puente y no en la del límite, equivale a recuperar

una disciplina de lectura de la sensibilidad, la pasión y la experiencia del misterio, que no sólo afectará a nuestro pensamiento colonizado, sino también –y a corto plazo– a la misma contradicción interna de los que fueron colonizadores.